

REFLEXIONES SOBRE EL SENTIDO DEL CULTO A LOS SANTOS EN LA IGLESIA CATÓLICA

RESUMEN

En un horizonte ecuménico, el autor se propone abordar la cuestión del culto a los santos desde el punto de vista de la tradición católica. Tanto desde un interés religioso como litúrgico y teológico, el estudio pretende profundizar un tema muy difundido pero no siempre adecuadamente comprendido: ¿qué sentido tienen los santos para la vida de fe cristiana?, ¿cómo entender su función intercesora?, ¿a quién rezamos cuando nos dirigimos a los santos?

Palabras clave: santos, santidad, culto, Iglesia católica.

ABSTRACT

Within an ecumenic perspective, the author faces the question of cult to saints from the point of view of Catholic tradition. From this religious, liturgical and theological point of view, he intends to answer these questions: what is the sense of saints for Christian life? How is their intercession to be understood? To whom do we pray when we address ourselves to saints?

Key Words: saints, holiness, cult, Catholic Church.

“¿Para qué sirven los santos?”, preguntan protestantes y “evangélicos”, como si ellos fueran mejores cristianos que los católicos y ortodoxos, por haber sacado de su horizonte a aquellos discípulos de Cristo y testigos de la fe, que forman parte de nuestra comunión. La misma pregunta hacen también los católicos de elite –sacerdotes o laicos– que se consideran más correctos que el “vulgo”, porque no se dedican a venerar santos, participar en procesiones, besar reliquias, encender cirios, poner flores o construir santuarios. Según dicen éstos y aquellos, nada pueden conseguir sin la mediación de nuestro Señor Jesucristo, el único “intermediario” entre Dios y los hombres. Eso es muy cierto, pero no invalida lo que *hacemos* quienes invocamos a los santos como “prójimos”, y en primer lugar, la Iglesia entera en su Liturgia.¹

Lo que nosotros ignoramos sobre la gente es mucho, pero lo que ignoramos de nuestra herencia católica y de nuestra Tradición es mucho más. El tema que nos ocupa no interesa a los teólogos profesionales que enfocan a los Santos como modelos de fe y santidad.² La Liturgia, en cambio, nos presenta a los Santos como *intercesores*.

El objeto de estas páginas es llenar una laguna importante en la formación católica y expresar en un lenguaje adaptado a nuestro tiempo, la verdad sobre los Santos.³ Primero trataré los hechos referidos a los Santos. Segundo, los interpretaré y en algunos casos los reinterpretaré,⁴ como en el tema de la invocación a los Santos. Tercero, me dedicaré al aspecto central del culto a los Santos, que es *la intercesión*.

1. Baste decir que en la celebración de la Solemne Vigilia Pascual hay una obligada “letanía de los Santos” durante la Bendición del agua, y lo mismo sucede cuando se celebra el sacramento del Orden Sagrado.

2. Eso le pasó, p.e. a San Agustín de Hipona que sólo al final de su vida (a. 416) se dio cuenta de la importancia del santuario de San Esteban y redefinió la naturaleza de los verdaderos intermediarios entre Dios y los hombres, incluyendo a sus servidores. Cf. AGUSTIN, SAN, *Obras completas. La Ciudad de Dios, 10: 1.3. 7.20*, Madrid, La editorial Católica, 1988 (4ª. ed.), BAC, 171.

3. Existen dos difíciles artículos de un teólogo famoso: K. RAHNER, “¿Por qué y cómo veneramos a los santos?”, *Investigaciones teológicas*, VIII, y “La Iglesia de los santos”, *Stimmen der Zeit* 157 (1955) 81-91; luego en *Schriften zur Theologie* III, Einsiedeln, 1956, 419-439. Rahner es uno de los pocos teólogos que se ha referido algo al tema de los Santos. La ya desaparecida revista *Liturgy. Journal of the Liturgical Conference*, vol. 5, n. 2: *With all the Saints* (Fall 1985), intentó hacer ese número dedicado a los Santos, cuyo mayor mérito es la aproximación a la Ortodoxia y al protestantismo luterano y metodista. Hubo también un intento del P. Y. M. Congar de colocar a los Santos en la teología del Espíritu Santo: Y. M. CONGAR, O. P., *Je crois en l'Esprit Saint*, Paris, du Cerf, 1979/1980 (t. II/III).

4. Seguiré en esto al único artículo que he visto en una revista académica en años: P. A. SULLIVAN, “A reinterpretation of invocation and intercession of the saints”, *Theological Studies* 66 (2005) 381-400. La revista semanal de los jesuitas norteamericanos en los últimos tiempos ha

1. Los hechos

1.1. La Tradición

La doctrina sobre los Santos no es sólo una herencia del pasado, sino una Tradición viviente de la Iglesia entera. Por ese motivo, esa Tradición tiene una autoridad que debe ser reconocida.⁵ Si en el pasado no se interpretó bien,⁶ ahora tenemos la obligación de adecuarlo al modo de sentir de nuestros contemporáneos, de manera tal que la doctrina sobre la invocación a los Santos adquiera su plenitud. Un autor famoso como psicólogo y pensador de la religión, William James, se atreve a decir: “las personas genuinamente religiosas experimentan la realidad del Misterio como realidad de lo Santo (sagrado) que posee una fuerza transformadora y sobrecogedora”.⁷ Eso significa que necesitamos la experiencia actual y presente de la santidad, en medio de nuestro mundo caótico. “Quedamos atónitos ante las personas religiosas clásicas: sacerdotes, profetas y místicos”, afirma un teólogo actual de la escuela de Chicago.⁸ Y agrega: “No nos interesan las teorías musicales formuladas por sordos, ni las teorías de pintura formuladas por ciegos”.⁹ Nos interesa, pues, lo que pueden aportar quienes viven íntimamente la intercesión de los Santos, en primer lugar el pueblo fiel que llena los santuarios de los Santos y quienes predicán acertadamente sobre ellos.

En el momento actual, estamos viviendo de las olas provocadas por el Concilio Vaticano II. El Concilio hizo una poda a la lista de los Santos. No era la primera vez que se hacía una poda en la vida de la Iglesia.¹⁰ La Constitución *Lumen Gentium* afirma:

publicado algunas notas sobre los Santos: cf. J. MARTIN, S.I., “The Saint of the Sock Drawer”, *America* 192, 4676, (2005) 11-13, y C. COLT ANDERSON, “An 11th Century Scandal St. Peter Damian”, *America* 192, 4695 (2005) 20-23.

5. Puede verse L. CUNNINGHAM, *The Meaning of Saints*, San Francisco, Harper and Row, 1980, 140-163.

6. CONCILIO VATICANO II, CONSTITUCION SOBRE LA LITURGIA. *Sacrosanctum Concilium*, 12.

7. W. JAMES, *The Varieties of Religious Experience: a Study in Human nature*, New York, Modern Library, 1994, 285-357. El subrayado es nuestro.

8. D. W. TRACY, *The Analogical Imagination*, New York, Crossroad, 1981, 169.

9. *Ibidem*.

10. Una muy famosa fue realizada por la sociedad creada por el jesuita belga Jean Bolland, llamada después de los “bolandistas”. Bolland imaginó y preparó los materiales para las *Acta Sanctorum*, una colección de volúmenes dedicados a expurgar las vidas de los santos de acuerdo a documentos legítimos. Para ello, Bolland tuvo la ayuda de los P. Henschen y Papebroch, que prosiguieron la colección cuando Bolland falleció. Bolland mismo fue el autor de los cinco prime-

“Este sagrado Sinodo recibe con gran piedad la venerable fe de nuestros antepasados acerca del consorcio vital con nuestros hermanos que se hallan en la gloria celeste o que aún están purificándose después de la muerte, y de nuevo confirma los decretos de los sagrados Concilios Niceno II, Florentino y Tridentino. Al mismo tiempo, en fuerza de su solicitud pastoral, exhorta a todos aquellos a quienes corresponde para que, si acá o allá se hubiesen introducido abusos por exceso o por defecto, procuren eliminarlos y corregirlos, restaurándolo todo de manera conducente a una más perfecta alabanza de Cristo y de Dios. Enseñen, pues, a los fieles que el verdadero culto a los Santos no consiste tanto en la multiplicidad de actos exteriores cuanto en la intensidad de un amor activo, por el cual, para mayor bien nuestro y de la Iglesia, buscamos en los Santos “el ejemplo de su vida, la participación de su intimidad y la ayuda de su intercesión” (S. Pedro Canisio, *Catecismo Mayor*, c. 3, n. 44 y 49). Pero también hagan comprender a los fieles que nuestro trato con los Bienaventurados, si se lo considera bajo la plena luz de la fe, de ninguna manera rebaja el culto latréutico, tributado a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu, sino que más bien lo enriquece copiosamente”.¹¹

Por su parte, la Constitución sobre la Liturgia declara:

“Para que en la S. Liturgia el pueblo cristiano obtenga con mayor seguridad gracias abundantes, la santa Madre Iglesia desea proveer con solicitud a una reforma general de la misma liturgia. Porque la liturgia consta de una parte que es inmutable, por ser de institución divina, y de otras partes sujetas a cambio, que en el curso del tiempo pueden y aún deben variar, si es que en ellas se han introducido elementos que no responden tan bien a la naturaleza íntima de la misma liturgia o han llegado a ser menos apropiados”.¹²

A causa de este texto comenzó, aún antes de concluir el Concilio un cierto iconoclasmo que sacó las imágenes de los Santos de las Iglesias y poco después la reforma del Calendario litúrgico y la supresión de las fiestas y memorias de Santos, contribuyó a este desapego por el culto a los Santos. Sin embargo, la misma Constitución afirma:

“Además, la Iglesia introdujo en el círculo anual el recuerdo de los mártires y de los demás santos que, llegados a la perfección por la multiforme gracia de Dios y habiendo ya alcanzado la salvación eterna, cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros. Porque, al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, la Iglesia proclama el Misterio Pascual cumplido en ellos, que

ros volúmenes (dos de enero y tres de febrero). Las *Acta Sanctorum* son famosas en la historia de la erudición.

11. CONCILIO VATICANO II. CONSTITUCIÓN SOBRE LA IGLESIA. *Lumen Gentium*, 51a.

12. CONCILIO VATICANO II. CONSTITUCIÓN SOBRE LA LITURGIA. *Sacrosanctum Concilium*, 21.

sufrieron y fueron glorificados con Cristo; propone a los fieles sus ejemplos, los cuales atraen a todos por Cristo al Padre, y por los méritos de los mismos implora los beneficios divinos”.¹³

Pero los Padres conciliares estuvieron más preocupados por evitar los excesos y abusos, que en dar una doctrina renovada sobre la teología de los Santos.¹⁴ Por consiguiente, preocupados por colocar a Jesucristo en el centro de la vida de la Iglesia, contribuyeron a dejar a los Santos al margen, y eso se sigue notando en varios aspectos: 1º. El modo como fueron sacadas las imágenes de los Santos de las iglesias católicas de occidente (Europa, los Estados Unidos y Canadá),¹⁵ sin medir las consecuencias para la vida de la Iglesia y la piedad de los fieles, según la misma Tradición de la Iglesia Católica. 2º. El abandono por parte de los teólogos “serios” de escribir sobre este tema.¹⁶ Hay una carencia de buenos escritos sobre los Santos después del Concilio Vaticano II. Sí los hubo antes del Concilio, p.e. Romano Guardini,¹⁷ Hugo Rahner, Anne Fremantles, no se tiene a nadie en el horizonte actual. Las “vidas de santos” que pueden encontrarse en las librerías son difíciles de aceptar en el momento actual, incluso por los niños. No hay que extrañarse de eso, pues de un cristiano como Tomás de Aquino interesa más lo que escribió en cuánto teólogo,

13. *Ibidem*, 104.

14. Eso se nota bien en las alocuciones que acompañan a las beatificaciones y canonizaciones. Los temas son los mismos, sin atisbo de una renovación.

15. Excepto en algunas pocas iglesias de América Latina. Por eso, Medellín y Puebla hicieron mención al tema de los Santos como parte del catolicismo popular. Ver II CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Medellín*, 1968. VI, Pastoral popular, III, 12; III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Puebla*, 1979, 454.

16. En los últimos siglos la elite eclesiástica no se interesaba por los Santos, pues los consideraba asunto del vulgo. Cuando algunos teólogos hablan de la religiosidad popular, parecen hablar de una religión del vulgo, menos correcta que la “oficial”. Es significativo que yo mismo en más de cuarenta años de enseñanza con la pluma, haya escrito sólo seis artículos sobre los santos: S. Teresita (en 1973) y ven. Mamerto Esquiú, ven. María Antonia de Paz y Figueroa, ven. José Américo Orzali, César Cánave (de 1985 a 1987); y haya reseñado en veinte años (de 1965 a 1985) sólo once libros sobre santos. Edité también un artículo sobre “Las causas de los santos” (*Criterio* 56 [1983] n. 1901, 201ss.). En cambio en varias oportunidades me dediqué a escribir sobre la Sma. Virgen María: O. D. SANTAGADA, “El lugar de María”, *Criterio* 53, 1846 (1980) 629ss; “La devoción católica a la Virgen María y el protestantismo evangélico”, *Criterio* 60, 1987 (1987) 267ss; “María y la evangelización latinoamericana”, *Criterio* 61, 2001 (1988), 3ss; “María en la espiritualidad de los argentinos”, *Criterio* 62 (1989), 2041-2, 556ss.; N. S. Del Valle. Presencia de la Virgen María en el norte argentino”, *Criterio* 64, 2067 (1991) 135s; y el libro *Peregrinar a Luján. Mensaje catequístico, y pastoral de la imagen y el santuario de Luján*. Bogotá, CELAM, 1986 (con numerosas ediciones, e incorporaciones a otros libros del CELAM).

17. Ver R. GUARDINI, *Der Heilige in unserer Welt*, Würzburg, 1956 (Trad. al castellano por José M. Valverde en 1960).

que por qué es un santo.¹⁸ La proveniencia de la hagiografía pertenecería a una cultura “inferior” en la Iglesia. Por eso, la cuestión de los Santos se ha dejado para los anticuarios, los curiosos o la gente piadosa que no entiende de hermenéutica crítica. Es muy significativo que la indiferencia de la elite se manifieste explícitamente en el permiso de las autoridades de la Iglesia para publicar material sospechoso, supuestamente para edificar a los fieles.¹⁹ 3°. La sospecha de los sacerdotes y la elite católica de que el culto a los Santos oscurece el honor debido a Jesucristo, y proviene de los pobres y las mujeres (el *devoto femineo sexu*, de las antífonas del Oficio parvo de la Bienaventurada Virgen María).²⁰ 4°. La supresión de las Misas por los Santos que llenaban el antiguo calendario litúrgico, a favor de la lectura continuada de la Biblia los días de semana en las Misas de las “ferias”.²¹ 5°. La insistencia de los cánones de la Iglesia por prevenir los abusos del culto a los Santos.²² 6°. Nunca ha habido tantas beatificaciones y canonizaciones en el decurso de la historia como durante el largo papado de Juan Pablo II (1978-2005). Hizo más de mil beatos y santos en esos años, más que todo el resto de la historia de la Iglesia. El papa Benito XVI sigue el mismo camino y aún más. Sin embargo, los teólogos continúan ignorando el tema de los Santos, como si no tuviese la envergadura necesaria para ocuparse de él. 7°. Se da una esquizofrenia en la Iglesia Católica: por un lado los católicos populares tienen sus devociones (y la Iglesia entera se está dando cuenta de su importancia), pero por otro lado, no hay una predicación sobre los Santos, ni mención en la catequesis de niños y adultos.²³ Las “novenas” son consideradas asuntos de otra épo-

18. Ver G. K. CHESTERTON, (1874-1936), *Saint Thomas Aquinas. The Dumb Ox*, New York, Doubleday, 1956.

19. Recuerdo que hacia 1980 se me dio un texto de un autor, en mi calidad de “censor” arquidiocesano. Ese texto contenía serios errores sobre la moral cristiana. El entonces cardenal arzobispo, cuando leyó mi informe, dijo: “No, no hay error, sólo exceso en la retórica cristiana” (sic). Hace poco ese autor fue canonizado.

20. OFFICIUM PARVUM BEATAE MARIAE VIRGINIS. Ad vespuras. Antífona: *Sancta Maria...intercede pro devoto femineo sexu*. Este oficio publicado oficialmente hacia 1570, ya estaba en uso varios siglos antes, como demuestran los manuscritos de las Horas de Sarum, conservadas en la Biblioteca de Copenhague, Ms. Thott 547-4, del año 1370.

21. Esta disposición tiene un marcado espíritu ecuménico, pero encuentra al Pueblo católico completamente impreparado para entender esa lectura continua en lo que se refiere al Antiguo testamento.

22. CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, cc. 1186-1190. Aunque el c. 1186 afirma que “mediante la intercesión de los Santos somos sostenidos”.

23. Basta hojear los actuales manuales de catecismo y las revistas de catequesis de la Argentina y el extranjero.

ca. Las letanías de los Santos son casi desconocidas. Se podría decir que la mayoría de los católicos actuales no ha sido preparada para entender el sentido y la verdad de los Santos en la Iglesia Católica, y que son ignorantes de los Santos y de su sentido en la Comunión de los Santos.

Con todo, el Concilio Vaticano II no es toda la Tradición de la Iglesia. A lo largo de los siglos, ha habido un progresivo desarrollo en la invocación e intercesión de los Santos, que constituye una verdadera Tradición. El Concilio Vaticano II, prefirió pasar por alto este tema y subrayar lo que serviría para mejorar las relaciones con las Iglesias nacidas de la Reforma en el siglo XVI. Porque, a la verdad, los protestantes consideran superfluo reconocer a los Santos como intercesores, y se han alegrado de la teología del Concilio Vaticano II centrada en Cristo intercesor. Hay que investigar, pues, ese desarrollo por tres motivos. El primer motivo es comprender cómo superaron los católicos las barreras que se presentan en la comprensión de la fe: 1°. Entre Dios y el hombre; 2°. Entre vivos y muertos; 3°. Entre altar y tumba; 4°. Entre lo público y lo privado; 5°. Entre la ciudad y el cementerio; 6°. Entre clérigos inteligentes (élite, aunque no siempre) y “vulgo”;²⁴ 7°. Entre lo cambiante y lo permanente; 8°. Entre una cultura alta y una cultura “baja”; 9°. Entre comunidad y familia; 10°. Entre cristiano y pagano; 11°. Entre poderosos y pobres; 12°. Entre privatización de la religión y los Santos (por los ricos) y deseo de apertura (por los humildes).

El segundo motivo es que la Tradición de los Santos se ha trivializado y sentimentalizado.²⁵ El culto a los Santos ha merecido hasta ahora negligencia e indiferencia de parte de los responsables del pensamiento en la Iglesia.

El tercer motivo es el menosprecio por las mujeres en la Iglesia. Es cierto que en el tema de los Santos, las mujeres aparecen democráticamente junto a los varones, pero se repiten los mismos nombres: Teresa de Ávila, Catalina de Siena, Clara de Asís, Teresa de Lisieux. Un eminente benedictino escribió sobre el papel magisterial de la mujer en la Edad Media.²⁶ El caso de santa Hildegarda de Bingen (1098-1179), una de las mu-

24. La palabra “vulgo” aparece en este escrito entre comillas, pues no la uso en sentido peyorativo como hacen los iluministas y racionalistas, sino que significa realmente el Pueblo santo de Dios.

25. Ver L. CUNNINGHAM, *op. cit.*, 150 (ver nota 5).

26. Ver DOM JEAN LECLERCQ, O.S.B., *L'amour des lettres et le désir de Dieu*, Paris, du Cerf, 1957. Préface. El autor menciona a santa Juliana de Norwich, como ejemplo.

eres más sabias de la humanidad, plantea muchas preguntas: ¿dónde adquirió esa sabiduría? ¿Fue un genio excepcional? ¿Hay que dar crédito a su afirmación de que dada la debilidad de los varones en la Iglesia, su tiempo debía ser considerado “edad de la mujer” (*tempus muliebre*)? Recordemos que ella nace al final del siglo XI, famoso por los escándalos de los varones eclesiásticos.²⁷ Recordemos también el caso de Santa Luisa de Marillac (1591-1660) que demostró que las mujeres consagradas no necesitan vivir recluidas en el claustro.

1.2. Los Santos mártires

Aquellos que entregaron sus vidas por Cristo, desde las primeras persecuciones fueron llamados “mártires”, es decir, testigos de la Fe en la vida eterna. El mártir es aquel que da testimonio de la verdad del anuncio de Jesucristo. “Lleno de confianza se dirige hacia el Señor como hacia su amigo, por quien entregará su cuerpo gustoso y también su alma: por eso escucha de nuestro Salvador el saludo: «Querido hermano» a causa de la similitud de vida”.²⁸ Los apóstoles de Jesús, por supuesto, fueron los primeros en ser considerados así. Es sabido que alrededor de sus tumbas se fueron formando cementerios cristianos, pues quienes morían perteneciendo a la comunidad cristiana querían ser sepultados junto a los cuerpos de los Apóstoles. Así cuando se descubrió la tumba del Apóstol San Pedro, debajo de la basílica Vaticana,²⁹ junto a su sepulcro se encontraron numerosas tumbas, sin mucho orden, pero todas tratando de estar cerca de la del Apóstol Pedro.³⁰ Luego, de las grandes persecuciones surgieron numerosos mártires honrados por el pueblo de muchas formas.

27. Ver G. BAREILLE, “Damien (Saint Pierre), cardinal-évêque d’Ostie, docteur de l’Église”, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. IV/1, 1939, col. 40-54. Bareille, profesor de Patrología en el Instituto Católico de Toulouse, describe la época turbulenta del s. XI, en la cual una sucesión de Papas inmorales y simoníacos había desacreditado al Pontificado Romano, p.e. el caso de Benito IX, hecho Papa a los 12 años en 1032 y que duró con una vida disipada hasta 1048, y el caso de los sacerdotes en concubinato o sodomía. Las obras de S. Pedro Damiano, muy crudas en sus descripciones, se encuentran en la Patrología Latina (Migne) t. 144-145.

28. O. CASEL, *Vom wahren Menschenbild*, Regensburg, Pustet, 1953, 180.

29. La tumba de San Pablo fue descubierta por los arqueólogos en 1939, y la de San Pedro, en 1941. Pero los restos del corifeo de los apóstoles sólo fueron reconocidos como auténticos por Pablo VI, después de 35 años de trabajos, en un sorpresivo anuncio papal en la audiencia popular del miércoles 26 de junio de 1968.

30. Ver L. HERTLING y E. KIRSCHBAUM S.I., *Le catacombe romane e i loro martiri*, Roma, P. Università Gregoriana, 1992, 261, 13 hojas de láminas. E. Kirschbaum y Antonio Ferrúa, dos jesuitas arqueólogos, y Bruno Apolloni-Ghetti más Enrico Iosi, dirigidos por Mons. Ludwig Kaas fueron los

Este culto a los mártires plantea varios interrogantes. Primero, ¿el culto a los Santos mártires fue creado por la influyente élite clerical o por el vulgo? No parece que haya sido éxito de los varones aristócratas, alrededor de los cuales giraba la vida en los primeros siglos de la vida de la Iglesia, sino una victoria del “vulgo”. En un segundo momento, la elite clerical se da cuenta que sin aceptar el culto a los muertos santos, su actividad pierde autoridad. Hay que recordar que de muchos de quienes murieron masacrados o torturados, existen “Actas” de su destino hacia la muerte y, por lo tanto, hacia la gloria.³¹ Para los intelectuales de las primeras épocas cristianas, como para los de ahora, el amor apasionado de la gente creyente por sus mártires es una prueba del fanatismo religioso y de su forma incorrecta, vale decir, supersticiosa, de creer. Una mente privilegiada como la del cardenal John H. Newman, anglicano convertido,³² escribió: “La religión de la multitud es siempre vulgar y anormal; siempre teñida de fanatismo y superstición, mientras los hombres sean lo que son”.³³

Sin embargo, pese a Newman y tantos otros, el culto a los Santos es la victoria de los pobres y las mujeres.

El segundo interrogante es ¿el culto a los Santos no es acaso la continuación del culto pagano a los héroes? Para el pueblo cristiano el mártir había alcanzado la intimidad con Dios y por eso podía interceder por sus hermanos mortales. El mártir es un intercesor, lo que el héroe pagano nunca fue. Según la fe cristiana, la tumba, la memoria del muerto mártir y los ritos religiosos que lo circundan corresponden a una estructura

descubridores de la tumba de San Pedro y el cementerio que la rodeaba, con inscripciones significativas. Ver E. KIRSCHMAN, E. JUNYENT, J. VIVES, *La tumba de San Pedro y las Catacumbas Romanas. Los monumentos y las inscripciones*, Madrid, Editorial Católica, 1954. BAC, 125. (630, 123 lám.) Ver también O. CULLMANN, *Saint Pierre. Disciple, Apôtre, Martyr. Histoire et théologie*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1952, ch. 3: Le martyr, especialmente, 115ss.

31. Las “Actas” pueden encontrarse en D. RUIZ BUENO, (ed.), *Actas de los mártires*, Madrid, BAC, n. 75. También puede verse con interés H. DELEHAYE, S.I., *Les légendes hagiographiques*, Bruxelles, Société des Bollandistes, 1955, 16. La opinión de Delehaye es, como corresponde a un “académico” bolandista, muy pesimista con respecto a la capacidad intelectual de la multitud de los cristianos. En el mismo sentido puede verse J. SPLETT, “Saints”, *Encyclopedia of Theology. The Concise Sacramentum Mundi*, edited by Karl Rahner. New York, Seabury Press, 1975, 1495-1499.

32. El ven. J. H. Newman (1801-1890) se convirtió en 1845 y es considerado el “padre” del Concilio Vaticano I.

33. J. H. NEWMAN, card., *Difficulties of Anglicans*, Dublin, Duffy, 1857, 80-81. Citado por P. BROWN, *op. cit.*, 16, n. 59. [Debe ser seguramente el vol. II. El vol. I es de 1850. Los dos tomos han sido publicados en 1969 bajo el título: *Certain difficulties felt by Anglicans in the Catholic teaching*].

de relación entre Dios, los vivos y los difuntos. Explicar el culto de los mártires como continuación del culto pagano a los héroes no ayuda nada a reconstruir la mente cristiana.³⁴ Hay que reconocer, con todo, que fuera de las “Actas de los mártires” con los relatos de sus muertes, se formularon leyendas de los mártires (a semejanza de las historias apócrifas sobre los apóstoles) en donde los milagros son el elemento central. Luego las “Vidas de los Monjes” (siglo IV) y las leyendas de la Edad Media continuaron un estilo novelado. Ya vimos que los Bolandistas comenzaron una hagiografía “académica” en el s. XVI. Las leyendas continuaron y se pueden encontrar en autores respetables como Selma Lagerlöf,³⁵ Gertrude von le Fort,³⁶ etc. Actualmente hay algunos autores que combinan exactitud histórica y psicológica con un profundo sentido del mensaje del Santo, como p.e. Hans Urs von Balthasar,³⁷ Ida Görres,³⁸ etc.

El lugar en donde se encuentra una reliquia de un mártir es especial. Uno de los Santos Padres de la Iglesia, Gregorio de Nisa, afirma:

“Quienes tienen reliquias abrazan, como si fuera real, el cuerpo vivo en plena flor: traen hasta la reliquia ojos, boca, oídos, todos los sentidos, y entonces derramando lágrimas de reverencia y amor total, dirigen al mártir sus oraciones de intercesión como si estuviera presente”.³⁹

El tercer interrogante es ¿por qué las tumbas de los mártires ejercieron y ejercen tal fascinación en los cristianos? Para los paganos y judíos, los cuerpos de los muertos eran fuente de contaminación e impureza: había que tomar distancia de ellos. Por ese motivo, las tumbas estaban lejos de las ciudades. Para la gente de la antigüedad clásica las tumbas eran un lugar privado, propiedad de la familia cuyo nombre aparecía en el frente

34. P. BROWN, *The Cult of the Saints. Its Rise and Function in Latin Christianity*, Chicago, The University of Chicago Press, 1981, 6 nota 23, crítica a E. LUCIUS, *Die Anfänge des Heiligenkultus in der Christlichen Kirche*, Tübingen, Mohr, 1904, 14-18, que hace derivar el culto a los mártires del culto a los héroes. Los escritores cristianos hablan de “héroes de la fe” como una forma literaria para enriquecer o adornar la figura del mártir.

35. S. LAGERLÖF, *Christ Legends*, London, Laurie, 1937. 244, (relatos apócrifos sobre la vida de Jesús hasta el medioevo).

36. G. VON LE FORT, *El velo de la Verónica*, Madrid, Encuentro, 1998. Trad. de Valentín García Yebra. 319.

37. H. U. VON BALTHASAR, *Teresa de Lisieux: historia de una misión*, Barcelona, Herder, 1957. Trad. Daniel Ruiz Bueno. 371. Este autor trata a S. Teresita de “neurótica”.

38. I. FRIEDRIKE GÖRRES, *Teresa de Lisieux*, Lisboa, Sater, 1961. Trad. Manuel Reabra. 421.

39. GREGORIO DE NYSSA, SAN., *Encomio de San Teodoro*, Patrologia Graeca (Migne), t. 46, col. 740 B.

como en los “títulos” romanos.⁴⁰ Lo que sucedió con las tumbas de los mártires fue una revolución. Se las declaró propiedad pública, a diferencia de los otros cristianos y, por consiguiente, de plena accesibilidad para todo el pueblo. Así se convirtieron en foco de ritos de la Iglesia entera. Las críticas se hicieron escuchar sobre los cristianos que visitaban constantemente las tumbas de los mártires.

El cuarto interrogante es: ¿cómo las tumbas de los mártires se convirtieron en altares? San Jerónimo respondió en su momento:

“Así que ustedes piensan que el obispo de Roma se equivoca cuando ofrece el sacrificio del Señor sobre los muertos Pedro y Pablo, venerables huesos para nosotros y para ustedes un montón de polvo, y cuando él considera a sus tumbas como altares de Cristo”.⁴¹

De allí viene la costumbre católica de ofrecer la Eucaristía sobre altares que contienen reliquias de los mártires.⁴² Eso significa que el sacrificio de Cristo da sentido a la muerte de aquellos cristianos que entregaron su vida por Él. El sacrificio de los miembros cobra toda su dimensión por el sacrificio de Cristo, la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia.

El quinto interrogante es: ¿cómo se mantuvo tanto tiempo esta costumbre que iba contra todo lo que sentían los antiguos? Es fácil la respuesta. El liderazgo de los clérigos se vinculó a aquellos que aceptaron las tumbas de los mártires como “lugares santos”. En esos lugares las leyes de la tierra quedaban suspendidas. Esos santos huesos poseían una cierta plenitud que pertenecía a quien por tanto amor a Cristo, había llegado a ser un ser amado apasionadamente.

1.3. Las tumbas y los cementerios

Esas tumbas de los mártires fueron el origen de los cementerios cristianos. Junto a las tumbas de los santos se formaron pequeñas ciudades

40. “Tituli” eran los nombres de los propietarios de las mansiones en el Imperio romano. Por ese motivo, las primeras parroquias cristianas de Roma se llamaron “tituli”. Esos títulos comenzaron después de 313 hasta 499. También se llamaron *domus ecclesiae* (casa de la Iglesia). “Título de propiedad” se usa hoy para indicar al documento que atestigua oficialmente quien es el propietario.

41. JERONIMO, SAN., *Contra Vigilantium*, 8, Patrologia Latina (Migne), t. 23, col. 346.

42. CODIGO DE DERECHO CANONICO, Cánon 1237 #2. “La antigua tradición de guardar las reliquias de los mártires y de otros santos debajo de un altar fijo debe mantenerse según las normas dadas en los libros litúrgicos”. Este párrafo del Código de 1983 es notablemente diferente del ca-

fuera de la ciudad, pero ya no se llamaron “necrópolis” (ciudad de los muertos), sino “cementerio”.⁴³ Porque el culto a los santos mártires estuvo unido desde el principio a la fe en la Resurrección de Jesucristo y en la Resurrección de los muertos, como profesamos cada domingo en el Símbolo de la Fe.⁴⁴ Por eso la Iglesia entera cuidó e hizo cuidar los restos de los difuntos cristianos, como veneraba también las reliquias de los Santos.

Ahora bien, las tumbas de los mártires no permanecieron como un pequeño lugar simple y desprovisto. Al contrario, los creyentes hicieron levantar estupendos sepulcros apenas pudieron. Y en el término de unos dos siglos, esas tumbas se convirtieron en santuarios famosos, junto a los cuales aparecían nuevas ciudades.

A ello contribuyó también el deseo de inventar nuevos modos de gastar el dinero. Pues las conversiones habían hecho aumentar la Comunidad con mucha gente y probablemente mucho más con riquezas. Así se edificaron suntuosos edificios, se promovieron ceremonias costosas e incluso se hicieron fiestas memorables.

1.4. Las mujeres y los santuarios

Todo lo anterior fue posible por la actividad de las mujeres. Es bien sabido que durante muchos siglos hasta la Edad Media las mujeres no pertenecieron a la vida pública, sino a la esfera privada.⁴⁵ Las casas se edificaban para lucimiento de los varones y sus amigos. Las mujeres de familia no participaban de ningún encuentro, cena o reunión literaria. Lo contrario, era una excepción que pudieron darse algunas matronas riquísimas.

non 1198 #4 del Código de 1917 que hablaba de un sepulcro cortado dentro de la piedra del altar que usualmente contenía pequeñas reliquias. Ahora se habla que las reliquias deben estar “debajo del altar”. La *Instrucción General del Misal Romano (2002)* establece lo mismo (n. 302) pero agrega que hay que cerciorarse de la autenticidad de las reliquias.

43. Cementerio es un derivado del latín “coemetérium”, del griego “koimeterion” que significa dormitorio. Viene del verbo griego *koimao* que significa acostarse. Proviene de los primeros autores cristianos que vieron a los difuntos no como “muertos”, sino como “dormidos”, a la espera del llamado final de Cristo para la resurrección. Ver Efesios 5:14 y *passim* en todo el Nuevo Testamento.

44. La proclamación del Credo es a la vez una confesión (*martyrium*) un testimonio dado a Dios y un cemento de la unidad cristiana (*symbolum*). Puede verse el magnífico estudio de H. DE LUBAC S.I., *La foi chrétienne. Essai sur la structure du Symbole des Aportes*, Paris, Aubier-Montaigne, 1969, 328.

45. Es interesante lo que afirma E. SCHÜSSLER FIORENZA, *In memory of Her*, New York, Crossroad, 2002, 84: “hay que hacer justicia al hecho de que las primeras mujeres cristianas en cuan-

Su entrada en la Comunidad cristiana les permitió realizar lo que les estaba vedado: hacerse personas visibles y públicas en las procesiones y en las visitas a los cementerios, aunque nunca mezcladas a los varones.⁴⁶ En los cementerios, las mujeres no eran controladas por la familia. En realidad, los Santos eran los únicos parientes que las mujeres podían elegir, todo lo demás les era impuesto. Así, por ejemplo, en la ciudad, las mujeres no podían dar limosna a los pobres, porque dar limosna era considerado un acto de “política” y no de misericordia (como llegó a ser para los cristianos). Pero en los cementerios, o con los enfermos, o en los santuarios que fundaban *con sus nombres*, las mujeres llegaron a ser muy importantes y libres de actuar. Recordemos que el circo o estadio estaba reservado para los varones⁴⁷ a semejanza de nuestras canchas de fútbol. Ni las mujeres de los senadores romanos podían asistir a los espectáculos. Por eso, ellas se dedicaron a inventar formas de caridad y a fundar santuarios en honor de los mártires.

1.5. La necesidad de vencer a la muerte

La cuestión de los Santos está profundamente vinculada al tema de los difuntos, de sus cuerpos, sus reliquias y sus tumbas. El culto a los Santos provoca la remoción de la tierra donde fue sepultado un mártir, el desmembramiento de sus huesos, y la difusión de pequeñas reliquias en lugares a los cuales los Santos no hubieran tenido acceso durante sus vidas.⁴⁸

Existe un hecho doloroso: a los teólogos contemporáneos les molestan los temas del Más allá que no estén explícitamente revelados y que el magisterio de la Iglesia no haya mencionado.⁴⁹ Sin embargo, parece exis-

to mujeres pertenecían a un grupo sumergido, pero en cuanto cristianas formaban parte de un grupo emergente que aún no era reconocido por la sociedad y cultura patriarcal dominante”. Ver C. OSIEK- D. L. BALCH, *Familias in the New Testament World: Households and House Churches*, Louisville (Ky), Westminster John Knox Press, 1997, 329.

46. JUAN CRISOSTOMO, SAN, *De Virginitate*, 66:1, *Patrologia Graeca* (Migne), t. 48, col. 523. y en la *Homilía 7 in Matthaëum*, 5. *Patrologia Graeca* (Migne) t. 57, col. 80, explica como las mujeres de la aristocracia en Antioquia sólo salían de su casa a lomo de mula. Y de las mujeres de Roma se dice lo mismo: JERONIMO, SAN, *Epistula 66: 13*. Ver P. BROWN, *op. cit.*, 23-49.

47. Las reconstrucciones presuntamente “históricas” de las películas muestran otra cosa, pero son inventos.

48. Ver P. BROWN, *op. cit.*, 1-22.

49. Nótese el impacto que ha tenido el haber dejado de mencionar el limbo en el Catecismo de la Iglesia Católica (desde 1992), y los ecos en la prensa recién a fines del 2005. Un historiador ateo como Le Goff (nacido en 1924), se atreve a decir en una entrevista de fines del 2005 que hay que suprimir también el Purgatorio y el Infierno, ver J. LE GOFF, *Naissance du Purgatoire*, Paris, Gallimard, 1981.

tir una necesidad humana fundamental de conectarse con los muertos. Cuando los Santos estaban de moda, su culto colmaba aquella necesidad y daba una esperanza sobre el resto de los muertos. Pero desde hace un siglo y medio, en que –sobre todo por el olvido teológico del tema de la *intercesión*– los Santos ya no están de moda, ha aparecido un “espiritismo” para comunicarse con los muertos, y caen en él no sólo “el vulgo” ignorante, sino los mismos detractores de la Tradición sobre los Santos, especialmente “evangélicos”.⁵⁰

La expansión del cristianismo implicó siempre el culto a los Santos. Adondequiera que fueran, los evangelizadores, misioneros o viajeros llevaron consigo esta presencia espiritual de los muertos santos. Porque el culto a los Santos contenía un modo nuevo de concebir *la relación entre la vida y la muerte, el cielo y la tierra*.

Los hombres de la antigüedad clásica hicieron manifiesta su creencia en la vida Más allá de la muerte y la presencia de los difuntos actuando entre los vivos, concentrando su imaginación en la figura privilegiada de un mártir, es decir, de un muerto en santidad. Es conveniente recordar que las necrópolis de la antigüedad eran sumamente tristes y visitadas sólo por el “vulgo”. Los aristócratas no pisaban esos lugares de la muerte.

Para los cristianos, en cambio, los difuntos santos habían recibido de Dios “el don de la perseverancia” hasta la muerte. San Agustín dice de ellos:

“Amaban realmente la vida. Pero la sopesaron. Pensaron que debían amar más las cosas eternas, así como eran capaces de amar tanto las cosas percederas”.⁵¹

Los cristianos no necesitaban que se les recordase la muerte como al final de la Edad Media con el *memento mori*.⁵² El culto a los Santos les permitía proclamar que Cristo había resucitado y había suprimido la

50. En Brasil el 30% de la población total ha dejado el catolicismo según informó el teólogo Antoniazzi a la Conferencia Episcopal de los obispos del Brasil en 2004. A. ANTONIAZZI, “¿Por qué ha cambiado tanto el panorama religioso en el Brasil?”, Noticias de la Conferencia Nacional de los Obispos Brasileños (CNBB), (25 noviembre 2004). El paso de esos católicos a las comunidades evangélicas no ha mermado el aumento del espiritismo y la umbanda. Ver P. A. SULLIVAN, art. cit., 382.

51. AGUSTIN, SAN, *Sermo* 344:4; ver también *De correptione et Gratia*, 12:35 : “Gozaron de una libertad protegida y afianzada por el don de la perseverancia que les permitía superar este mundo de sus amores profundos, todos sus terrores y sus incontables caminos de actuar mal”.

52. “Acuérdate que morirás” o “Acuérdate que eres mortal”. El *memento mori* nacido en el ambiente cristiano contiene un propósito moralizador opuesto al *Nunc est bibendum* (Ahora bebamos), tema de la antigüedad clásica. Para los cristianos, la perspectiva de la muerte sirve para subrayar el vacío de los placeres, lujos y éxitos terrenales, y por consiguiente, es una invitación a

muerte, manifestando ese hecho en la presencia protectora de los Santos. “Los mártires muestran claramente cuanto eleva Dios a los difuntos”, afirmaba san Máximo.⁵³

Y las pequeñas reliquias permitían, además, sacarlas de su contexto físico –un cuerpo muerto– y así dar paso a una buena imaginación de la gloria. Pues esos pequeños fragmentos son colocados en relicarios de oro y plata, disociados de la medida de la muerte, para manifestar que aquellos Santos –por la Gracia de Dios– superaron la medida de sufrimiento que un ser humano puede soportar. El honor que los Santos reciben ahora de los creyentes es sólo un anticipo de la integridad que Dios les devuelve por haber sostenido la lucha del martirio por Cristo, sin flaquear.

1.6. La Liturgia

La práctica litúrgica de la Iglesia Católica durante dos mil años de venerar a los Santos es una verdad teológica. Sin embargo, desde hace mucho tiempo, ni siquiera los manuales de teología, traen una mención de esa realidad.⁵⁴ El culto a los Santos quedó reducido al ámbito de los canonistas (por las reliquias), de los hagiógrafos (escritores de “vidas”),⁵⁵ y de algunos escritores de espiritualidad. La actitud oficial de la Iglesia Católica quedó resumida, contra los reformadores protestantes, en la sesión 25 del Concilio de Trento (1563): 1º. La invocación a los Santos y su poder de intercesión es parte de la auténtica Tradición cristiana. 2º. Sus cuerpos y otras reliquias pueden ser venerados. 3º. Sus imágenes y retratos son parte legítima de la vida cristiana.⁵⁶

enfocar el pensamiento en el Más allá. Una cita bíblica a menudo asociada con el *Memento mori* es: *En todas tus acciones ten presente tu fin, y jamás comerás pecado* (Eclesiástico 7:40).

53. MAXIMO DE TURIN, SAN, *Sermo* 14:2, MASSIMO DI TORINO, S., *Sermoni*. Trad. Gabriele Banterle. introd. Sara Petri. Roma, Città Nuova, 2003.

54. K. RAHNER, *op. cit.*

55. No son biógrafos, sino autores de vidas en donde la leyenda es más fuerte que los hechos. Uso la palabra “leyenda”, no en cuanto gerundio “legenda” del verbo latino “légere”, que significa “lo que debe leerse”, sino en cuanto sustantivo indicador de la narración de sucesos que se transmite como oralmente como si fueran históricos. De todos modos, probablemente las “leyendas” sobre los Santos también se debían leer durante las comidas en los refectorios de los monasterios. El origen de la palabra leyenda como sustantivo se remonta al s. XIV.

56. CONCILIO DE TRENTO, SESSIO XXV, *De invocatione, veneratione et reliquiis Sanctorum et de sacris imaginibus*, DUMEIGE, GERVAIS, S.I., *La fe católica. Textos doctrinales del magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Estela, 1965, 246, 515 (corresponde al Denzinger 984). “El S. Concilio manda a todos los obispos... Que según la costumbre de la Iglesia Católica y Apostólica, recibida desde los primeros tiempos de la religión cristiana, y según el sentir unánime de los Santos Padres, y los decretos de los concilios, instruyan diligentemente a los fieles particularmente sobre la *in-*

Existe, pues, una Tradición católica auténtica sobre *la intercesión de los Santos*. Pero, ¿para qué ocuparnos nuevamente por esa Tradición, si la mayoría de los cristianos cultos están contentos de haber sacado a los Santos de la conciencia creyente y de la misma historia de la Iglesia? Se puede responder simplemente que si la Iglesia en Europa ha realizado ese “giro” (*svolta*) en los últimos cuarenta años desde el Concilio Vaticano II, con todo, la Iglesia ya no es sólo europea. Primero, los católicos ortodoxos veneran a los Santos y no han dejado de hacerlo nunca. Segundo, en América Latina el “vulgo” invoca a los Santos, pese a los mismos clérigos. Recordemos que quienes sacaron las imágenes de las iglesias, quienes suprimieron las procesiones y las fiestas “patronales” de los Santos fueron los sacerdotes, ante la mirada atónita de los fieles que, muchos, abandonaron la Iglesia.⁵⁷ También en África se ha reivindicado el culto a los ancestros, que son los difuntos de cada familia.⁵⁸

Esta tradición litúrgica de la Iglesia posee un valor perenne y es importante que se aporten nuevos caminos para vivirla.⁵⁹ Por eso, en el Catecismo de la Iglesia Católica (1992) se recuerda bien a esa Tradición litúrgica. Así afirma (citando al Concilio): “En la Liturgia terrena... veneramos la memoria de los Santos, esperando *participar con ellos y acompañarlos...*”.⁶⁰ Y más adelante dice:

“Todos los signos de la celebración litúrgica hacen referencia a Cristo: también las imágenes sagradas de la Santísima. Madre de Dios y de los Santos. Significan a Cristo que es glorificado en ellos. Manifiestan ‘la nube de testigos’ (Heb. 12:1) que continúan *participando* en la salvación del mundo y a quienes estamos unidos sobre todo en la celebración sacramental. A través de sus iconos, el hombre “a imagen de Dios”, ya transfigurado “según su semejanza” (ver Rom. 8:29 y 1 Juan 3:2), se manifiesta a nuestra fe, e incluso los ángeles, también son recapitulados en Cristo:

tercesión de los Santos, su invocación, el honor debido a sus reliquias y el uso legítimo de las imágenes”. Ver 246-7, n. 516 (Denz. 985): “Los fieles deben venerar también los santos cuerpos de los mártires y los de los otros santos que viven con Cristo, pues fueron miembros vivos de Cristo y templos del Espíritu Santo (1 Cor 3:16; 6:19; 2 Cor 6:16) y serán resucitados y glorificados por El para la vida eterna. Por ellos Dios concede muchos beneficios a los hombres”, 247, n. 517: “Las imágenes de Cristo, de la Virgen, Madre de Dios, y las de otros santos, hay que tenerlas y guardarlas sobre todo en los templos y tributarles la veneración y el honor debidos... pues el honor que se les tributa se refiere a los modelos originales por ellos representados”.

57. El documento de Puebla, ya citado (nota 15), hizo mucho por devolver al Pueblo cristiano lo que le pertenecía.

58. JUAN PABLO II, *Ecclesia in Africa*, 43, 14 septiembre 1995.

59. L. CUNNINGHAM, *op. cit.*, 73.

60. CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA, n. 1090, es una cita de la Constitución litúrgica del Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 8.

«Siguiendo la doctrina divinamente inspirada de nuestros Santos Padres y la Tradición de la Iglesia Católica, que sabemos es la Tradición del Espíritu Santo que habita en ella, definimos con toda certeza y justicia que las venerables y santas imágenes, igual que las representaciones de la Cruz preciosa y vivificante, ya sean pintadas, en mosaico o cualquier otro material apropiado, deben ser colocadas en las santas iglesias de Dios, sobre los utensilios y vestiduras sagradas, sobre las paredes y retablos, en las casas y en las calles: tanto la imagen de nuestro Señor Jesucristo, Dios y Salvador nuestro, como las de la Virgen Santa, Madre de Dios y Señora nuestra, de los venerables ángeles, de todos los Santos y de los justos».⁶¹

Un poco después declara:

“Cuando la Iglesia, en el ciclo anual, hace memoria de los mártires y los demás Santos «proclama el Misterio Pascual» cumplido en ellos, «que padecieron con Cristo y han sido glorificados con El; propone a los fieles sus ejemplos, que atraen a todos por medio de Cristo al Padre, y por sus méritos implora los beneficios de Dios».”⁶²

Es muy hermosa la afirmación que sigue:

“...en las intercesiones [de la Plegaria eucarística], la Iglesia expresa que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia del cielo y de la tierra, de los vivos y de los difuntos...”⁶³

Además, en una frase memorable, confiesa:

“A la ofrenda de Cristo se unen no sólo los miembros que están todavía aquí abajo, sino también quienes están ya en la gloria del cielo: la Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico *en comunión con* la Santísima Virgen María y haciendo memoria de ella, así como de todos los Santos. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como de pie de la cruz, unida a la ofrenda y a *la intercesión de Cristo*”.⁶⁴

Y nosotros rescatamos y sacamos a la luz todos los himnos, cantos, poemas, músicas, ritos, reliquias, imágenes, oraciones, relatos, procesiones, y fiestas como parte del valioso tesoro de la Tradición católica sobre los Santos.

Admiramos también que los Santos hayan vencido no sólo el martirio, sino la sospecha de los defensores de la ortodoxia. Recordemos que

61. *Ibidem*, n. 1161 que cita además al II CONCILIO DE NICEA (VII ECUMÉNICO) año 787, LA FE CATOLICA, *op. cit.* n. 511 (Denzinger 303 – DS 600).

62. *Ibidem*, n. 1173 que cita a la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, 104.

63. *Ibidem*, n. 1354 B y n. 954 (muy importante para explicar en detalle es “comunión”).

64. *Ibidem*, n. 1370 y nn. 956 y 969. Subrayado mío.

San Ignacio de Loyola tuvo problemas con la Inquisición en España,⁶⁵ que a San Roberto Belarmino casi le ponen sus obras en el Índice los libros prohibidos,⁶⁶ que a Santo Tomás de Aquino el obispo de París le condenó muchas proposiciones teológicas y después de su muerte su insigne maestro San Alberto de Colonia tuvo que viajar –anciano– a París para defenderlo;⁶⁷ que San Juan de la Cruz estuvo preso por sus ideas místicas; que a San Francisco de Asís lo marginaron porque su movimiento se parecía a otros movimientos de reforma de su siglo;⁶⁸ que San Pedro Damiano, tuvo que hacer frente a papas, obispos y clérigos que fueron escándalo de la Iglesia en el siglo XI; que Santa Hildegarda de Bingen consideraba a su siglo XII el tiempo de la mujer a causa de la debilidad de los varones eclesiásticos en toda clase de pecados; y muchos otros ejemplos (como las continuas condenas a que fue sometido san Atanasio de Alejandría por parte de los herejes arrianos y otros).⁶⁹

No hay que confundir la Tradición litúrgica con las numerosas beatificaciones y canonizaciones de los últimos años. Esos Santos fueron beatificados porque llenaban los criterios prescriptos para los procesos canónicos.⁷⁰ Con el debido respeto por sus méritos, la mayoría de ellos no son considerados por los fieles como modelos para ellos, ya que fue-

65. R. GARCÍA VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola: nueva biografía*, Madrid, Editorial Católica, 1986. BAC, mayor 28, 544. Ignacio fue puesto preso por la Inquisición en 1527, por poco tiempo, pero le ocasionó un gran sufrimiento y se fue de España.

66. El *Index librorum prohibitorum* fue establecido en 1558 por Pablo IV y suprimido por Pablo VI en 1966. Su función la recibió la Congregación para la doctrina de la Fe.

67. El 7 de marzo de 1277 el obispo de París, Etienne Tempier, con un Syllabus condenó 219 proposiciones de las obras de Santo Tomás, consideradas “averroístas”. Ver P. GLORIEUX, “Tempier (Etienne)”, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. XV/1 (1946), col. 99-107.

68. Los movimientos de los “fraticelli”, beguini, bizochi, cátaros y otros semejantes. Ver F. VERNET, “Fraticelles”, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. VI/1 (1939 i.e. 1910), col. 770-784.

69. Ver X. LE BACHELET, “Athanasie, Saint”, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. I/2 (1902, 4a. ed. 1931), col. 2143-2178.

70. Ver NICCOLO DEL RE, *La Curia Romana. Lineamenti storico-giuridici*, Roma, Ed. di Storia e Letteratura, 1970. 3ª. ed. revisada y actualizada, 140 ss. sobre la Congregación para las causas de los Santos, creada en 1969 por Pablo VI, que la desmembró de la Congregación de los Ritos (1588). Las canonizaciones se las reservó el Papa Gregorio IX en 1234, pero no se obtuvo resultado hasta que Urbano VIII en 1634, cuatro siglos después, se las reservó absolutamente. Sucesivos papas tuvieron que dedicarse nuevamente al tema en 1659, 1682 y sobre todo Benito XIV que escribió en 1734 un tratado sobre la Beatificación y la canonización. Luego en 1912 hubo nuevas prescripciones introducidas en el Código de Derecho Canónico de 1917. Por último, Pablo VI el 8 de mayo de 1969 con la Constitución *S. Rituum Congregatio*, creó una nueva Congregación, y el Código de Derecho Canónico de 1983 redujo sus cánones sobre Beatificación, a causa de las nuevas normas.

ron fundadores de congregaciones o fueron canonizados por motivos valederos de “política eclesiástica”.⁷¹

1.7. Errores sobre los Santos pasados hasta nuestros días

La tradición cultural europea –que hemos heredado– ha influenciado el modo como se ha dividido a la gente en “iluminados” (rationales) y “vulgares”. Para entender los procesos que dieron origen y difundieron el culto a los Santos en la antigüedad y la Edad Media se necesita entrar sensitivamente y sin prejuicios en el mundo popular. No sucedió así. Al contrario, la condena al “vulgo” que explícitamente se propaga con David Hume (1711-1776) llega hasta nuestros días. Hume escribió ensayos sobre la religión.⁷² Esos ensayos son considerados por los grandes pensadores como “un juego entretenido de una antropología de salón escrita a base de fuentes secundarias”.⁷³ Hume sacó evidencias de autores clásicos que los intelectuales han leído hasta ahora, dada la propaganda que los británicos han hecho sobre su “más grande filósofo”. Lo hizo con tan buen gusto que su obra *Natural History of Religion* y su ensayo sobre la superstición, parecen llevar el peso irresistible de un juicio claro sobre lo obvio. Se dedicó a buscar la naturaleza y las causas de la superstición en la antigüedad, sacando evidencia de conocidos autores. Para Hume, el “vulgo” no es monoteísta, sino idólatra:

“La gente vulgar, es decir, toda la humanidad excepto unos pocos, es ignorante y carente de instrucción, nunca elevada a la contemplación del Cielo... como para discernir una Mente suprema o una Providencia original”.⁷⁴

71. La sociología de la santidad todavía no ha sido escrita: se descubrirían las diferencias entre la postura “oficial” de la Iglesia y los cánones populares que determinaron la invocación a los Santos. Puede verse el estudio detenido de D. WEINSTEIN y R. M. BELL, *Saints and Society. The two worlds of Western Christendom, 1000-1700*, Chicago, University Press, 1982. Los autores analizan los Santos niños, adolescentes, adultos; el tema de la castidad, de las clases sociales, etc.

72. D. HUME, *Essays Moral, Political and Literary*, London, ed. Eugene Miller, Liberty Fund, 1987, part. I, essay X: “On Superstition and Enthusiasm”. ID., *The Natural History of Religion*, New York, Macmillan, 1982. Este ensayo es de 1757, un poco anterior a sus diálogos sobre religión. Es sabido que Hume ataca duramente a la Iglesia Católica y a nuestras creencias, a la que denomina secta y en la que acepta que hay gente inteligente, pero no tan inteligente como en la Iglesia anglicana. Los ataques de Hume aparecen calcados en las palabras de los contrarios de la Iglesia en la actualidad.

73. ENCYCLOPEDIA OF PHILOSOPHY, *Hume*, New York, Macmillan, 1967: 4:89.

74. *Ibidem*.

Este fracaso de la humanidad no se debe –según Hume– sólo a las limitaciones intelectuales, sino al ambiente general *hostil a la racionalidad*. Por eso, y por sus miedos la humanidad cayó en el politeísmo, al que denomina “idolatría”. Para Hume el flujo y reflujo de idolatría y racionalidad depende de las épocas en donde triunfa el vulgo o los *iluminados*. El legado de Hume ha sido señalar *la fuerza de la inercia en la práctica religiosa del vulgo*. Hume hizo aparecer la idolatría como algo casi universal e imposible de erradicar. Así Hume y sus sucesores presentan el culto a los Santos como una transición de la idolatría. Estas ideas se hicieron más duras aún en el siglo XIX, en numerosos intérpretes del cristianismo latino. Según ellos, las masas bárbaras que entraron a la Iglesia, en lugar de ser elevadas por las mentes iluminadas de los líderes de la Iglesia, contribuyeron a hacer descender a todos. Ya hemos visto como esas ideas entraron en los intelectuales católicos y anglicanos, luteranos y metodistas. Así nació el esquema mental del *doble modelo de los cultos y los vulgares* (el populacho). Hume era muy pesimista con respecto a ese vulgo y en su pesimismo hizo caer hasta los jesuitas bolandistas: “La inteligencia de la multitud... es la inteligencia del niño”.⁷⁵

Para estos intelectuales del siglo XIX y XX, el culto a los Santos nació como una capitulación de las mentes iluminadas de la Iglesia al modo de pensar y sentir del “vulgo”. Hay que llegar hasta el año 2002 para que la Iglesia Católica publicase oficialmente un directorio sobre la religiosidad popular, lleno de matices y precauciones.⁷⁶ En realidad, el documento llegó veinticinco años tarde para Europa, y en América Latina, pese a la importancia intelectual del documento de Puebla,⁷⁷ el culto a los Santos no posee la fuerza que tuvo en otras épocas.⁷⁸ La religiosidad popular ha sido etiquetada como forma inferior de creencia o formas populares de creencia. Al menos un historiador, Arnaldo Momigliano marcó con firmeza que hablar de creencias populares es un invento y no debe darse crédito a los historiadores de la antigüedad clásica que siguen difun-

75. Ver H. DELEHAYE, *Les légendes hagiographiques* (nota 30). En el mismo sentido F. GRAUS, *Volk, Herrscher und Heiliger im Reich der Merowinger*, Studien zur Hagiographie der Merowingerzeit. Praga, Naklad. Ceskoslov. Akademie Ved, 1965. 533, 31-32.

76. CONGREGACION PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS. *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia. Principios y orientaciones*, 9 de abril de 2002, Cap. VI: nn. 208-247: La veneración a los santos y beatos.

77. Ver nota 15.

78. JR. W. A. CHRISTIAN, *Person and God in a Spanish Valley*, Princeton, University Press, 1972, 256. Detallado relato de la declinación y desgaste del culto a los Santos en el norte de España.

diendo ese engendro pseudo intelectual, en contra de la capacidad de verdadera Fe ortodoxa de los sencillos.⁷⁹

Los hechos van a mostrar en lo sucesivo que el culto a los Santos trajo a la Iglesia Católica nuevas formas de reverencia, nuevos modos en el ejercicio del poder, nuevos vínculos entre las personas humanas, y una nueva esperanza de justicia para el mundo.

2. La interpretación

2.1. *De cura pro mortuis*

Una mente preclara como la de San Agustín dedicó un largo escrito al cuidado de los muertos.⁸⁰ La ocasión es la costumbre antigua, que se va difundiendo cada vez más de la *depositio ad sanctos*, la sepultura junto a las tumbas de los mártires. Los fieles querían ser enterrados junto a los Santos. Así se fueron formando cementerios, en los cuales ya no primaba la familia y la clase social, sino la fe. También los pobres tenían su lugar allí. Un papel destacado en este tema fue desempeñado por las mujeres, como ya vimos. Sabemos que ellas fueron postergadas en las Iglesias y fueron consideradas parte del “vulgo inculto”. A ellas se achacan las supersticiones, es decir, las formas incorrectas de creencia.⁸¹ Las mujeres pertenecían automáticamente al vulgo, o sea, al lugar de donde nacerían las “creencias populares”. Ellas forman el *devoto sexo femenino*.⁸² Sin embargo, las mujeres –unidas a los pobres– forman dos categorías potencialmente poderosas. Fueron ellas las que ayudaron a expresar y orquestar el culto a los mártires en la antigüedad. En ellas se apoyaron los obispos, pues ellas gastaban con gusto su dinero en construir tumbas a los muertos Santos, sabiendo que nadie las criticaría o envidiaría por eso.

79. A. MOMIGLIANO, *Popular religious beliefs and Late Roman historians*, Studies in Christian History. Cambridge, University Press, 1971, vol. 8, 18 e lb., *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, Blackwell, 1977, 156. Ver también P. BROWN, *op. cit.* (nota 33).

80. AGUSTIN, SAN, *Oeuvres de Saint Augustin, 2, De cura gerenda pro mortuis*, Paris, Desclée, 1948. Bibliothèque Augustinienne. I. ser., opúsculos. Ver P. COURCELLE, *Les confessions de Saint Augustin dans la tradition littéraire*, Paris, Etudes Augustiniennes, 1963, 595-600.

81. Ver IONA OPIE AND MOIRA TATEM (eds.), *A Dictionary of Superstitions*, Oxford, University Press, 1990. Existen muchas supersticiones de los varones contra las mujeres.

82. Ver nota 20.

En los siglos posteriores lo que se había adquirido con tanto esfuerzo se mantuvo, hasta que llegaron las pestes⁸³ y la gente comenzó a preocuparse más de la muerte y del juicio final que de la victoria y la esperanza. Es la época de los libros *Ars moriendi*⁸⁴ y del tema de la *danza macabra*.⁸⁵

En el momento actual, asistimos al declinar de “las pompas fúnebres”⁸⁶ y a la práctica generalizada de la cremación,⁸⁷ acompañada por una filosofía negadora de la trascendencia. Por lo tanto, es necesario volver a plantear la invocación a los Santos y la veneración de sus reliquias, porque aquí se basa una entera concepción de la Tradición de Fe de la Iglesia Católica.

2.2. *Praesentia*

La muerte da comienzo a una situación de distanciamiento y tristeza. La santidad, en cambio, inicia un momento de cercanía y alegría. Para los cristianos de la antigüedad, los Santos aseguraban una presencia íntima de modo invisible. Por ese motivo, hubo dos movimientos importantes en los primeros siglos: primero, las *translationes* (los traslados), y segundo, las *peregrinationes* (las peregrinaciones). Las primeras eran el movimiento de las reliquias de los mártires hacia la gente; las segundas eran el movimiento de la gente hacia los lugares de los Santos.

La traslación de las reliquias desde la Tierra Santa a toda Europa y sus rincones más alejados, aseguró otra especie de religión muy diferente de aquellas en donde hay un solo lugar santo (p.ej. la Meca para los musulmanes). La presencia de los Santos estuvo en toda Europa y no sólo en los lugares de donde eran: la traslación de las reliquias aseguró la unanimidad de la Fe y el conocimiento de los Santos que dieron por Cristo su vida en los lugares más remotos. Ahora ellos estaban junto a los pueblos y realizaban una unidad espiritual, que podía compararse a un milagro de

83. D. HERLIHY, *The Black Death and the Transformation of the West*, Cambridge, Harvard University Press, 1997, 117.

84. Ver M. C. O'CONNOR, *The art of dying well: the development of the Ars Moriendi*, New York, AMS Press, 1966, 258p. Ver también O. D. SANTAGADA, “La muerte y la vida”, *Criterio* 49, 1737 (1976) 163ss. y “Las exequias cristianas”, *Criterio* 43, 1592 (1970) 182ss.

85. Ver R. N. SWANSON, *Religión and Devotion in Europe, 1215-1515*, Cambridge, University Press, 1995, 199ss.

86. A. C. G. M. ROBBEN (ed.), *Death, Mourning and Burial: a Cross-cultural Reader*, Oxford, Blackwell, 2004, 400.

87. O. D. SANTAGADA, *La respuesta Católica*, Buenos Aires, Diakonia, 2001, 14-15.

la bondad de Dios. En efecto, la traslación de las reliquias era una manifestación del llamado de Dios a dejar el pecado y vivir en la santidad. Por consiguiente, cuando se descubrían y se trasladaban reliquias, los creyentes se encontraban ante la *presencia* de la misericordia de Dios. Así sucedió que la instalación de una reliquia fue considerada tiempo de amnistía espiritual y de perdón para los privilegiados que la recibían. Esa *presencia* era, además, un signo de mejores momentos llenos de concordia y para un ejercicio prudente del buen gobierno.

Junto a las reliquias se necesita la *passio*, es decir, la lectura de lo sucedido con el mártir. Sin esa lectura pública no se da la *presencia*. La lectura de las *pasiones* traen cercanía, proyectan el lugar del Santo, rompen cualquier distancia, y en el caso de los peregrinos, provoca la intimidad con aquel protector cuya invocación se vino a buscar.

Las reliquias y su honra establecieron en los creyentes un sentido agudo de la protección de los Santos y de la participación solidaria *con ellos* en el destino bienaventurado. La presencia de los Santos era la de sus méritos que les habían obtenido la intimidad con Jesucristo y los hacían buenos protectores en la vida, los viajes, los problemas. Las fiestas que se hacían en honor de ellos conseguían lo que nadie podía lograr: la unión de los divididos. Así un ideal difícil de alcanzar tenía sus momentos de perfección.

2.3. *Potentia*

La mano poderosa y sanante de Jesucristo se manifestó y se manifiesta a través de los favores que otorga por medio de sus Santos. Esos favores son casi siempre, aunque no exclusivamente, curaciones de enfermedades físicas y mentales.

La potencia de los Santos era considerado en la antigüedad un poder puro, a diferencia del poder impuro de los demonios. Por ese motivo, los exorcismos fueron muy populares hasta bien entrada la Edad Media. Como ha expresado muy bien un autor: “El drama del exorcismo no era meramente un drama de autoridad [sobre los demonios], sino un drama de reintegración [en la comunidad humana y cristiana]”.⁸⁸

El caso de posesión demoníaca no es tampoco el principal ámbito donde ejercen su poder (*potentia*) los Santos. Los enfermos también re-

88. P. BROWN, *op. cit.*, 112. (Los agregados entre corchetes son míos).

cuperan su lugar en la familia y la comunidad. Cualquiera que fuera sanado en un santuario de la S. Virgen María o de los Santos, desde el momento de su curación pertenecía a la “familia” del Santo, como sucede hasta hoy en día con los devotos de la Virgen de Luján, de N. S. de la Dulce Espera, de San Gabriel Arcángel, de S. Ramón Nonato, de Santa Lucía, de Santa Rita, Santa Rosa de Lima, de Santa Teresita de Lisieux, de los santos médicos Cosme y Damián o de san Cayetano. ¿A qué se debía este privilegio, que incluso hacía que los esclavos fueron hechos libres de sus amos? El creyente sanado por la intercesión de los Santos era considerado propiedad exclusiva del nuevo “amo”, el Santo. Esa propiedad era invisible y no se manifestaba en las formas autoritarias de algunos amos, sino de modo suave haciendo lo que cada uno consideraba justo.

El milagro de curación obrado por el poder de intercesión de los Santos difiere completamente del poder médico. Los médicos exigen una obediencia casi ciega a sus complicados y caros tratamientos “científicos”. El Santo –como experimentan los creyentes– sólo requiere una auténtica relación interpersonal entre el enfermo y él. La gente racional considerará más sensato lo que lleva el título de “científico”.

La experiencia enseña por doquier que el poder de intercesión de los Santos es real y actuante por la Gracia. Son dos mundos distintos. En el mundo de la medicina u otras terapéuticas, el poder es *horizontal*: los médicos y terapeutas nunca serán nuestros amos, pero nos rodearán de una densa telaraña de otros diagnósticos, placas, tomografías, radiografías, análisis, de la que es difícil desembarazarse si se tiene la ocasión del recurso a la medicina. En el mundo de la Gracia, el poder de intercesión que ejercen los Santos es *vertical* y lo único que se necesita es visitar el *lugar* del Santo, porque el sanado ya pertenece a la Iglesia bajo el signo de Jesucristo manifestado en tal o cual Santo.⁸⁹

2.4. *Amicitia*

El Pueblo de Dios no ha considerado a los Santos como lejanos intercesores ante el Trono de Dios, sino que los ha visto e interpretado como amigos invisibles y cercanos: “prójimos” y vecinos capaces de guardar una inviolable *amistad (amicitia)*. Somos testigos actualmente de una

89. Lo que afirmo de las enfermedades físicas, vale también para las psíquicas, con las oportunas diferencias.

nueva “religión de la amistad”, parecida a aquella *religio amicitiae* que existía en la antigüedad greco-romana. En los tiempos de crueldad la persona humana busca una relación de intimidad y nobleza que proteja su fragilidad. Pues bien, los Santos son esos amados guías, protectores, consejeros espirituales con quienes estamos unidos a Cristo por una lealtad inquebrantable y una dulce amistad. Los Santos son nuestros amigos, porque son servidores de Cristo, hacedores de su voluntad y al mismo tiempo, compañeros nuestros, buscadores de nuestra salvación. Esos amigos, están muertos, pero son muertos especiales, en quienes hemos concentrado nuestra Fe en la vida eterna.

Nos interesa profundizar este concepto de amistad. Implica, ante todo, una cierta igualdad. Por eso, podemos ser con los Santos y junto a ellos, “co-servidores”. Como bien dice un ponderado benedictino inglés: “La intimidad con un Santo con quien podemos identificarnos en cuanto seres humanos es una de las marcas de la devoción católica en el s. IV-V”.⁹⁰

En segundo lugar, esa amistad manifiesta también la comunión que hay entre la comunidad cristiana y sus humildes muertos. Esto es una muestra de la sensibilidad humana ante el misterio de la Gracia de Dios, experimentada en la invocación de nosotros junto con los Santos, nuestros amigos.

En tercer lugar, aquí se encuentra la gran diferencia entre el actual culto a los Santos y el antiguo. Para los antiguos era mucho más importante que un Santo fuera *intercesor*, más que un “modelo”, a menudo inalcanzable, como se presentan los beatos y santos hoy. Porque el amigo que intercede y recomienda, se manifiesta como Cristo quiso: “Ustedes son mis amigos, si cumplen lo que yo les mando. Ya no los llamo servidores, porque el servidor no sabe lo que hace su amo; a ustedes los llamo amigos, porque todo lo que oído de mi Padre se los he dado a conocer” (Jn 15:14-15). Los Santos son los “amigos del Señor”.⁹¹ La amistad es la prueba más alta de que los Santos pertenecen al mundo de los apóstoles y discípulos del Señor. De nuestro lado, la amistad con los Santos contribuye a elevarnos y a hacer más fácil el discernimiento moral. Así la amis-

90. G. DIX, O.S.B., *The Shape of the Liturgy*, Westminster, Dacre Press, 1954 (1a. ed.1945), 380-382.

91. “Amici Domini”, GREGORIO DE TOURS, SAN, *The Suffering and Miracles of the Martyr St. Julian*, trad. de R. VAN DAM, Monumenta Germaniae Historica. Scriptores Rerum Merovingicarum, Princeton, University Press, 1993, I, 2.

tad con los Santos, en vez de alejarnos del mundo, nos hace más humanos y nos permite superar la corrupción en la Iglesia y en el mundo.

2.5. *Patrocinium*⁹²

En el mundo greco-romano reinó un sistema de patronato. Los nobles eran “patrones” y el resto eran los “clientes” o “plebeyos”, que debían mantener a su patrono. Esta relación paternalista existió desde principio de las leyes romanas y se ha mantenido en una institución de la Iglesia Católica que son los “cardenales protectores”. El sistema consistía en que el poderoso y rico “patrón” tenía sus “clientes”, gente libre que dependía de él, y a quien ellos mantenían. La presencia y el poder de los Santos trajeron un conflicto de patronatos, pues la comunidad cristiana quiso ponerse bajo el patrocinio de los Santos y suprimir el sistema paternalista.

El nuevo patrocinio tomó las buenas características del antiguo: primero, el Santo es el buen patrono cuya intercesión obtiene lo que alguien necesita; segundo, el Santo es el patrono cuya riqueza está a disposición de todos y no de unos pocos, tercero, el Santo es el patrono que ejerce su poder sin violencia ni agresión; cuarto, el Santo es el patrono a quien se le muestra la lealtad sin fingir, sin falsos elogios ni halagos, libre y confiadamente; quinto, las reliquias de los Santos se denominaron, por extensión, *patrocinia*.⁹³

Los Santos dan su testimonio de crucificados con Cristo, testimonio fortalecido mediante milagros y palabras de sabiduría y, finalmente, sellado con su muerte por El. Su patrocinio proviene de su amistad con el Salvador.⁹⁴

2.6. *Reverentia*

Hemos hablado de los distintos modos de curación. Esas formas crearon cierto conflicto, que puede sintetizarse en dos palabras usadas por san Gregorio de Tours: “*reverentia*” y “*rusticitas*” (reverencia-cortesía y tosquedad-grosería). La reverencia implica un alto grado de cultura

92. Ver H. - J. BECKER, *Patrozinium*, en Handwörterbuch der Deutschen Rechtsgeschichte, Berlin, 1971-1998. t. 3, col. 1564-68.

93. A. ANGENENDT, *Heilige und Reliquien. Die Geschichte ihren Kultes vom frühen Christentum bis zur Gegenwart*, München, Beck, 1997 (2a. ed.), 192.

94. O. CASEL, *Vom Wahren Menschenbild*, Regensburg, Pustet, 1953, 169.

de parte de los creyentes. Es la cortesía hacia los Santos en cuanto “amigos del Señor”, manifestada en los gestos de educación hacia los protectores invisibles. La reverencia es una especie de “reglas de etiqueta” hacia aquellos que interceden por nosotros: cumplimiento de los días de los Santos, visita a los santuarios, veneración de sus reliquias, búsqueda de protección con ocasión de enfermedad o peligros, tener conciencia de la necesidad de buena relación con los Santos.

La rusticidad (viene del latín *rus-ruris: campo*) aunque etimológicamente se refiere al campo o a los “pagos” en oposición a la gente “urbana” (de la *urbs, urbis: ciudad*), no tiene ese significado cuando se opone a reverencia. Rusticidad es la negación de la amistad con lo divino, es el rechazo a los gestos específicos de las relaciones entre personas educadas. La reverencia marcó profundamente la cultura de occidente mediante el culto a los Santos, en sus dos formas, la urbana y la campesina. Aunque también hubo una *rusticitas* urbana y campesina, descortés y grosera hacia toda expresión religiosa, que se ha mantenido hasta la actualidad.

Esa negación es fácil de observar; usar *amuletos* en lugar de invocar a los Santos, buscar *adivinos*, tiradores de cartas en lugar de incorporarse a la comunidad cristiana para pedir la intercesión de los Santos. Amuletos y adivinación, búsqueda de sanadores humanos, siguen siendo para la Iglesia entera, formas atrevidas de olvidar la Fe.

Lo que plantea este conflicto es el tan antiguo tema de *la relación entre el hombre y la naturaleza: árboles, montes, lagos, piedras, estrellas*.

2.7. *Concilium Sanctorum*⁹⁵

Los Santos son figuras privilegiadas que lejos de llevar una existencia silenciosa y sin gloria, porque todavía no han resucitado, gozan de un reposo especial, pero en comunión con Cristo y con todos los demás participantes de su Gloria victoriosa. Los Santos forman una reunión solidaria y feliz: a ese ideal nos sentimos llamados por Dios.

Este “Concilio de los Santos” constituye la concordia ideal y la unión para la protección de Cristo, ante quien ellos interceden, para su-

95. La expresión pertenece a SAN GAUDENCIO DE BRESCIA (amigo de S. Ambrosio de Milán y contemporáneo de S. Agustín): *Sermo 17. Patrologia Latina* (Migne), t. 20, col. 965-971. Ver también NICETAS DE REMESIANA, SAN, *Explanatio Symboli*, *Patrologia Latina* (Migne) 52: 871 B. (Nice-tas, obispo en lo que es actualmente Serbia, es el probable autor del *Te Deum*)

perar las divisiones de la sociedad humana. Lejos de pensar que cada Santo ejerce un poder solitario, la Iglesia entera cree que los Santos unidos *con Cristo y nunca sin Él*, son nuestros protectores y amigos.

La Reunión de los Santos es la perfecta armonía que desea cualquier buen amigo. Por eso, las peticiones a cada Santo se hacen siempre en unión a la Santísima Virgen y los demás Santos. Son la Corona de Cristo y no pueden actuar sin Él, el vencedor de la muerte.

Por eso, la fiesta de Todos los Santos nos permite tener sentimientos unánimes de amistad con los demás peregrinos y devotos, de modo que cada uno entra –en la medida de su fidelidad a la Gracia– en el cortejo de Cristo. Es significativo que esa fiesta –del 1º de noviembre– se haya conservado intacta en las Iglesias de la Reforma, excepto las ramas de los no-conformistas que forman las “iglesias libres”. Algún motivo de gran importancia debe existir en este “concilio de los Santos” para ese mantenimiento. Hay incluso un caso histórico llamativo. John y Charles Wesley,⁹⁶ siendo no conformistas, daban gran relieve a la solemnidad de Todos los Santos. ¡Hay que tener en cuenta que ellos no tenían celebraciones litúrgicas para Navidad, ni el Triduo Pascual!⁹⁷

Porque el Concilio de los Santos nos obtiene los grandes milagros que son: *primero*, la reintegración a la comunidad humana y cristiana: en la Iglesia caen las barreras de clases, sexo, colores, idiomas y riqueza que crean los hombres. Así fue desde el principio, cuando varones y mujeres formaban parte de la comunidad de los amigos de Jesús. San Pablo luchó vehementemente para que existiera en la comunidad cristiana la igualdad (Gálatas 3:28).⁹⁸

El *segundo* milagro es la curación de los males causados por el poder, en primer lugar la corrupción, que deja el corazón endurecido. El *tercero*, es la curación de los males del cuerpo. Para la curación de estos males se necesita recuperar *la relación interpersonal*, dañada por el pecado en todas sus formas. Estos grandes milagros dan inicio a momentos en que los creyentes experimentan una solidaridad completa con Jesucristo y todos sus Santos.

96. El fundador del metodismo inglés: John Wesley.

97. L. H. STOOKEY, “The Wesleys and the Saints”, *Liturgy. Journal of the Liturgical Conference*, vo.5, 2 (Fall 1985), 77ss.

98. Para una interpretación de este famoso texto puede verse E. SCHÜSSLER FIORENZA, *In Memory of Her*, New York, Crossroad, 2002, 204ss.

3. La intercesión de los Santos

3.1. La Comunión con Cristo

El Concilio Vaticano II se dedicó entre muchas cosas al tema de la santidad y lo ubicó en el tratamiento sobre la Iglesia. Oigamos lo que declara:

“Veneramos la memoria de los Santos del cielo por su ejemplo, pero más aún con el fin de que la unión con toda la Iglesia en el Espíritu se vigorice por el ejercicio de la caridad fraterna. Porque así como la comunión cristiana entre los peregrinos nos acerca más a Cristo, así el consorcio con los Santos nos une a Cristo, de quien, como de fuente y cabeza, dimana toda la Gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios. Es, por tanto, sumamente conveniente que amemos a estos amigos y coherederos de Cristo, hermanos también y eximios bienhechores nuestros: que rindamos a Dios las gracias que le debemos por ellos; que «los invoquemos humildemente y que, para impetrar de Dios beneficios por medio de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, que es el único Redentor y Salvador nuestro, acudamos a su oración, protección y socorro». Todo genuino testimonio de amor que ofrezcamos a los bienaventurados se dirige, por su propia naturaleza, a Cristo y termina en Él, que es «la corona de todos los Santos», y por Él va a Dios, que es admirable en sus Santos y en ellos es glorificado”.⁹⁹

Resulta manifiesto para el magisterio de la Iglesia, que la comunión con los Santos nos une *con* Cristo. No existe verdadera devoción a los Santos que no nos vincule, de un modo u otro, *con* Cristo, principio de toda santidad y Gracia para la humanidad. El fin de toda nuestra vida es esa *comunión con Cristo*. La misma Eucaristía, que nos hace comulgar *con* el Cuerpo y Sangre de Cristo, en el misterio sacramental, para unirnos con Él, tiene por finalidad recibir al fruto de la Redención que es la unión del amor con Cristo y todos los Santos. Así la Iglesia es la gran “Comunión de los Santos”. Por eso, san Pablo cuando se dirige a los creyentes de las distintas comunidades los llama “santos y elegidos”. Este concepto de comunión con Cristo es de suma importancia, pues de Cristo viene toda Gracia. Cuando invocamos a los Santos –hay que insistir en esto– estamos al mismo tiempo invocando a Cristo, pues ellos nada pueden obtener del trono de Dios, sino porque *están unidos con Cristo y forman con Él* “el Concilio de los Santos”.

99. CONCILIO VATICANO II, *Constitución sobre la Iglesia: Lumen Gentium*, 50 c.

Los Santos son parte del Cuerpo de Cristo perfecto, porque nosotros aún somos peregrinos e imperfectos. Nuestro amor a ellos como prójimos, supera el amor a cualquier otro prójimo, porque ellos están *unidos con Cristo de modo perfecto*. Por esa unión con Cristo de los Santos, nuestro amor hacia ellos es definitivamente pleno. Por ese mismo motivo, las invocaciones, oraciones, súplicas a los Santos son escuchadas porque ellos están unidos con Cristo. Así, cuando los invocamos nos unimos a quienes están en permanente unión con el Salvador.¹⁰⁰

3.2. Nuestra oración junto a los Santos

Antes se insistía en lo que hacían los Santos por nosotros. Hoy, lentamente, nos estamos dando cuenta de *lo que hacemos nosotros* al invocarlos. Aquí, como en otros temas, vale la expresión teológica “don y tarea” (*Gabe und Aufgabe*).¹⁰¹ En efecto, a través de los Santos nos llega la Gracia de Cristo, porque cualquier *don de Dios* es una Gracia de Cristo. Al mismo tiempo, al invocarlos nosotros, cumplimos una *tarea humana*, es decir, ponemos un acto religioso.

Ahora ese acto religioso no es solamente “mi acto”, sino un acto de comunión: me uno a los Santos para pedir la Gracia de Dios. No estoy solo delante de los Santos suplicando ayuda. Al contrario, estoy acompañado por esa multitud de testigos que vivieron del amor y formo con ellos una “Iglesia orante”. Cada vez que invoco a un Santo o Santa, formo con el o ella (y todos los demás) una comunidad de súplica. Esa comunidad es poderosa porque los bienaventurados son personas humanas ya redimidas en estado de felicidad, aunque todavía sin resucitar, que han encontrado el “sentido de su vida”. Nuestra pobre oración humana queda unida a la oración de quienes se dejaron transformar por la Gracia de Dios. Sin embargo, dentro de su pobreza, nuestra invocación a los Santos ya expresa un profundo amor a Dios.

Entonces, ¿daría lo mismo no invocar a los Santos del Cielo –como quieren algunos– e invocar a Dios en la comunidad de los santos de la tierra? Porque seguramente en cada comunidad cristiana hay algunos creyentes santos, que nos ayudan en nuestra súplica. Pues bien, no es así. Es bueno estar en contacto con la gente santa que como nosotros peregrina

100. Ver SULLIVAN, art. cit., 385s.

101. O. CASEL, *Vom Wahren Menschenbild*, Regensburg, Pustet, 1953, 182.

hacia la Vida eterna. Pero, solamente quien ha pasado el umbral de la muerte y ha aceptado ese terrible y admirable Misterio Pascual en su propia vida, está en condiciones de *interceder* por los demás. Dios nos ofrece su comunión y nosotros queremos aceptar ese ofrecimiento, y vivir de la Gracia. Pero, en realidad, solamente en la muerte y después de ella, entramos en esa comunicación perfecta de la Gracia divina y seremos constituidos en compañeros de los demás Santos e intercesores para quienes aún siguen siendo peregrinos. Esa es la razón por la cual es muy importante invocar a los Santos y suplicar su intercesión. Quienes ya viven la vida bienaventurada pueden interceder por sus amigos, como es imposible que nadie en esta tierra interceda por otro. Esa es la grandeza de nuestra oración con los Santos. Lo importante es que nuestro amor esté purificado, porque la oración, la súplica y la invocación verdaderas son actos de amor o no son nada. Tenemos que aprender ese despojo del egoísmo y del “interés”, para entrar en el desapego del amor, que únicamente la Gracia de Dios nos puede dar.

3.3. La voz de la Comunidad redimida

¿Por qué los cristianos de los primeros tiempos pedían a sus hermanos muertos –especialmente los mártires– que rezaran por ellos, como indican los *graffiti* de las catacumbas? Forma parte de la Tradición católica la conciencia inalterada desde el inicio de que quienes mueren en la Gracia de Dios forman una “comunidad ya redimida por Cristo” y merecedora de la bienaventuranza celestial.

Por consiguiente, cuando los Santos se unen a nosotros para pedir algo a Cristo, ellos son la *voz* de la Iglesia redimida que ya no puede pecar. Y nosotros nos unimos a ellos en la oración, no porque fueron naturalmente “buenos”, sino porque en ellos ha triunfado la Gracia de Cristo. Cada Santo a su modo, respondió positivamente al ofrecimiento de la Gracia de Dios y cooperó con Dios para hacer un mundo más hermoso.

Esa comunidad de redimidos tiene una característica fundamental: no es cambiante como nosotros. Los Santos no cambian: están en permanente comunión con Cristo y se configuran con Él. ¿Qué quieren los Santos? Simplemente lo que Dios quiere para nosotros, ya sea que se lo pidamos o no. Si se lo pedimos, estamos manifestando nuestro deseo de ingresar en la comunidad de la Fe. Cuando vivimos de la Gracia de Dios (*estado de Gracia*), nuestra voz se une mejor a la voz de los redimidos, e

incluso –en cierto modo– por que nos hemos dejado transformar por la Gracia de Cristo, también nosotros podemos interceder por los demás, pues estamos unidos con Cristo, aunque sólo sea por un tiempo. De Gracia en Gracia, vamos siendo transformados y unidos a Cristo y con Él. La ventaja de la intercesión de los Santos es que ellos sí, están permanentemente unidos con Cristo. “Quien está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo” (2 Cor 5:17). Por la Gracia de Cristo ha comenzado un mundo nuevo de justicia y santidad. Los Santos, junto a Cristo Resucitado, son los participantes de la nueva creación.

3.4. La Gracia y la respuesta humana

En la invocación a los Santos existen dos poderes: el poder de la Gracia de Dios que nos ofrece su amor, y el poder de nuestra respuesta humana al ofrecimiento del amor. Cuando invocamos a los Santos cooperamos *con ellos*, que respondieron positivamente a la Gracia de Dios, y *con todos los demás* que responden así a Dios. Así la oración cristiana es “poderosa”, porque es la oración de los Santos y nuestra propia oración. Se puede decir que en la intercesión de los Santos, tanto ellos como nosotros somos “agraciados”.¹⁰²

Ahora bien, a menudo la forma de invocar a los Santos muestra ideas erróneas sobre la naturaleza humana y la Gracia de Dios. Un primer error consiste en imaginarse que Dios ofrece su Gracia a algunos y se la niega a otros. La Gracia de Dios es ofrecida a todos y en toda ocasión: se puede afirmar que forma parte de nuestra existencia humana.

Un segundo error, consiste en imaginarse que Dios da su gracia a todos sin ninguna diferencia, independientemente de la libertad personal, como si toda la gente fuese santificada sin que interviniera su respuesta humana libre. La respuesta humana, sin embargo, es necesaria para hacer eficaz a la Gracia de Cristo.

Un tercer error, consiste en reconocer a los Santos como modelos de respuesta a la Gracia, pero no como intercesores. Las dos funciones de los santos están interrelacionadas: son *modelos e intercesores* a la vez. Más aún, son compañeros de nuestra peregrinación, y por eso nos ayudan. Así lo expresa el Concilio Vaticano II:

102. *Ibidem*, art. cit., 393.

“Enseñen [los responsables], pues, a los fieles que el verdadero culto a los Santos no consiste tanto en la multiplicidad de actos exteriores cuanto en la intensidad de nuestro amor activo, por el cual –para mayor bien nuestro y de la Iglesia– buscamos en los Santos «el ejemplo de su vida, la participación de su intimidad, y la ayuda de su intercesión».”¹⁰³

Entonces cuando invocamos a los Santos estamos cooperando conscientemente con Dios y ellos cooperan con nosotros, para que triunfe su Gracia en el mundo.

3.5. Los Santos, nuestros nuevos “parientes”

El gran error de quienes nos acusan de idólatras por nuestro culto a los Santos es imaginárselos como “intermediarios” de la Gracia. En realidad, los Santos son nuestros “prójimos”, nuestros vecinos que fueron transformados por la gracia de Dios, y cuando los invocamos nos incorporamos a su familia, como bien pensaban los cristianos de los primeros siglos. Nos hacemos “parientes” de los Santos. Ya sabemos que son nuestros amigos, compañeros, vecinos, coperegrinos, modelos, ejemplos e intercesores. Ahora, sabemos que son nuestra nueva parentela.

Es fácil comprender por qué los Santos son nuestros parientes. Han sido “paridos” a una nueva Vida por la Gracia de Cristo, como lo somos nosotros. Ellos por su fidelidad y cooperación a la Gracia divina, ya constituyen el cortejo del Cordero de Dios. Nosotros, aún caminamos –“fieles bajo las sombras”– hasta que lleguemos adonde ellos nos precedieron.¹⁰⁴

Así es justo hablar de la “familia” de Cristo,¹⁰⁵ es decir de quienes vivimos bajo el ofrecimiento del amor de Dios y de una capacidad de respuesta que hemos recibido, pero que es necesario ejercitar. Dios nos ofrece su amor, pero no nos fuerza. A quienes reciben el amor divino mediante su respuesta libre, Dios los constituye en *familia de Santos*.

103. CONCILIO VATICANO II, *Constitución sobre la Iglesia: Lumen Gentium*, 51. La cita entre comillas pertenece a un Prefacio de la Plegaria Eucarística concedido a Francia.

104. CONCILIO VATICANO II, *Constitución sobre la Iglesia: Lumen Gentium*, 8 in fine: “*sub umbris fideliter*”

105. JUAN PABLO II, *Audiencia General*, 27.IX.1995, n. 4: “A nuestros hermanos de África les complace poner énfasis en el tema de la *Iglesia como familia*, pues esta imagen explica muy bien, según su sensibilidad, el *misterio* de la vida eclesial. En efecto, la comunidad cristiana es una verdadera *familia*, dado que todos los bautizados están unidos por una relación de comunión que los hace, en Cristo, un solo Cuerpo (cf. Rom 12:5) y los impulsa a tener un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4:32). A partir de esta experiencia de *familia de Dios*, los cristianos de África sabrán

3.6. La integración en el concierto del amor

Los Santos, por la Gracia de Cristo, se han incorporado a un “concilio” o “reunión” de la santidad, de la paz y la felicidad. Ese “concilio” es la asamblea de quienes han dejado que el amor de Dios los transformase plenamente. Por eso, reinan con Cristo, la Santísima Virgen María y el resto de quienes dieron la vida por Cristo. En total, presididos por Cristo glorificado, todos forman una “corona” de gloria y de amor. Es justo afirmar que esperamos “la presencia de Cristo el Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel Día para ser glorificado en sus Santos y admirado por quienes haya creído” (2Tes 1:10).

Así queda revelado el Misterio de la muerte para el cristiano. Lejos de entrar en un mundo alejado y solitario, quien muere en la Gracia del Señor es *integrado* en una sinfonía de amor. Y así como todas las sinfonías de aquí abajo son “inconclusas”, Cristo logra que cada vez más todos se integren en una sinfonía perfecta, en la que reina plenitud de “concierto”. Es el concierto del amor, en el que son integrados quienes reinan con Cristo en la gloria.

Sin embargo, falta algo para que ese concierto tenga sentido. Si nosotros, en la medida de nuestra fidelidad a la Gracia de Dios, no estamos *integrados* al concierto del amor, falta algo en el plan de Dios. La auténtica Comunión de los Santos hace que quienes viven del amor de Dios, en el Cielo y en la tierra, formemos un solo coro que cante las alabanzas de Dios: *Santo, Santo, Santo es el Señor*. Esta visión de integración en el concierto del amor, nos permite sentirnos tan cerca de quienes ya partieron y fueron fieles, y nos hace experimentar tan íntimamente el poder de la intercesión y la presencia de la amistad de los Santos. El Pueblo de Dios siente esto y por eso es un Pueblo culto y sabio, que tiene conciencia de pertenecer a un concierto más hermoso que todos los intentos meramente humanos. Por eso, el vidente del Apocalipsis, ve a los coros celestiales como una perfecta plenitud de quienes forman el “concilio de los Santos”, es decir, a los cristianos bienaventurados que festejan con Dios las Bodas del Cordero (Ap 19:1-8).¹⁰⁶

abrirse a todos los hombres, entablando un diálogo sincero también con las demás religiones y sobre todo trabajando en favor de los pobres y desvalidos, a fin de que la Iglesia en África se transforme de verdad *en la voz de quienes no tienen voz*” (*Ecclesia in Africa*, 68-70). Numerosos teólogos africanos habían comenzado a trabajar este tema de la *familia de Dios*, que el papa reconoce en el documento posterior al sínodo y en esta audiencia. El Sínodo de África fue en 1994.

106. O. CASEL, *Das christliche Opfermysterium. Zur Morphologie und Theologie des eucharistischen Hochgebetes*, Graz, Styria, 1968, 282.

3.7. El triunfo de Cristo

Esa conciencia de que también nosotros pertenecemos al concierto del amor es un modo de manifestarse el triunfo de Cristo. Para esto, realizó Jesús su Misterio Pascual de la muerte y la resurrección, para que todos viviéramos en el amor, la paz y la unidad. Para eso nos dejó la Eucaristía y los demás Sacramentos. Para eso admite la intercesión de los Santos a favor nuestro. “El Salvador, ya nunca más hombre rebajado y crucificado, sino Señor esplendoroso y todopoderoso, se sienta en el trono de Juez de la tierra, vestido con el resplandor del Padre, rodeado por los ángeles de luz, mensajeros de los mandatos de Dios”.¹⁰⁷

Así también nosotros, cada vez que invocamos a los Santos, “nos acercamos confiadamente al Trono de la Gracia, a fin de alcanzar misericordia y encontrar la Gracia para ser auxiliados en el momento oportuno” (Heb 4:16).

Ahora comprendemos ese amor intenso de los cristianos desde el principio de la Iglesia por los santos y las santas mártires, que manifestaron su amor entregando su vida por Cristo. En ellos, ha triunfado la Gracia y reciben el poder y la misericordia, en una alegría inconmensurable que colma sus almas y los hace desbordar de amor por Cristo y por todos los demás hermanos, los bienaventurados y quienes seguimos peregrinando. Cuando nosotros encontramos la experiencia de la misericordia y del amor, Cristo vuelve a triunfar y nos sigue ofreciendo la Gracia de la fidelidad al amor divino.

4. Conclusión

Nuestro intento llega a su fin. Con una gran satisfacción porque ahora entendemos que nunca rezamos *a los Santos*. Hemos comprendido claramente que estamos *con Cristo, con María y con todos los Santos* y que *oramos con ellos* al Padre en el Espíritu Santo. De este modo, queda de manifiesto la unidad de todo el Cuerpo Místico de Cristo. Nunca rezamos solos a un Santo o una Santa. Porque la veneración a los Santos es comunitaria. Cuando invocamos a los Santos, en ese mismo instante, la Iglesia entera se une a nosotros, Cristo el primero y luego todos los de-

107. O. CASEL, *Vom Wahren Menschenbild*, 172.

más. Porque para nosotros la oración es algo que hacemos por momentos, en cambio para los Santos la oración es continua, incesante, perpetua. Al invocar a los Santos respondemos al llamado de Dios, que quiere que todos seamos un solo Cuerpo y un solo Espíritu. Más aún, cuando invocamos la intercesión de los Santos, dejamos este tiempo y este espacio para entrar en un “eón” especial, que nos incorpora –aunque sea brevemente– al gran Banquete del amor, donde ya no hay más lágrimas ni dolor (ver *Is 25:8*).

OSVALDO D. SANTAGADA

14-08-06 / 15-09-06